

# Zapatero, de Washington a Londres

MANEL PÉREZ

LA VANGUARDIA, 21.02.10

Zapatero volvió a sorprender el viernes en Londres al recuperar su perfil político más belicoso, rescatando del baúl de recursos oratorios ácidas críticas contra los mercados: no serán estos los que decidan cuándo debemos reducir el déficit público; lo haremos una vez España haya recuperado el crecimiento, vino a decir. Aún está fresco en el recuerdo el viaje a la City de Elena Salgado y Campa para sosegar a los mercados.

Zapatero no estaba en la City, sino en una reunión política con sus colegas laboristas, y la explicación más plausible para su actitud es que se ponía la venda antes de tener la herida. Doble. La primera, derivada del problema griego. La que pueda causarle a la economía española, en forma de daño colateral, una hipotética, pero altamente posible, nueva acometida contra la deuda de Grecia. Primer remake esta semana, cuando Grecia tiene previsto emitir hasta 5.000 millones de bonos de deuda a 10 años. El interés por ver cómo resuelve el expediente es alto. El segundo temor es que esos mercados a los que el viernes atacaba el presidente le acaben exigiendo aún más recortes del gasto, muy superiores, incluso el doble, de los 50.000 millones que el Gobierno tiene previsto aplicar hasta el 2013.

Ya está escrito que Zapatero volvió de la ya casi olvidada oración de Washington convencido de que el asedio a la deuda pública española formaba parte de una operación especulativa más amplia contra el euro frente a la que poco se podía hacer y que las instituciones comunitarias acabarían teniendo que intervenir. Sin que sirva de precedente, en esta

ocasión las cosas fueron más o menos de esa manera. Es lógico pensar que Zapatero tenía información de lo que se cocinaba en su calidad de presidente de turno de la unión y a la semana siguiente el problema griego fue abordada por Alemania y Francia de manera juzgada hasta ahora tranquilizadora por los mercados. Pero en Europa piensan, y aquí se incluye Zapatero, que la tormenta volverá.

Un fantasmagórico reguero de papel explosivo altamente inflamable recorre el mundo, Parte de la Acrópolis de Atenas serpentea por el Mediterráneo, cruza bajo los arcos de la Puerta de Alcalá, visita la Torre de Londres, sin pasar por Berlín, da varias vueltas por el centro financiero de Tokio, deja al margen China, y con enorme osadía se dirige hacia la sede del Departamento del Tesoro en Washington. Está formado por títulos de deuda pública, el producto que más abunda ahora en la economía mundial, junto con los pisos sin vender. Y los mercados - categoría que algunos definen como un conjunto de personas que operan en plazas financieras y toman decisiones racionales de compra y venta de productos financieros anticipando el comportamiento futuro de compradores y vendedores, y otros ven como un sistema autoalimentado que crece a costa del resto de la actividad y que en su búsqueda de beneficios exorbitantes acaba paralizando la economía- miran esa deuda pública con inquietud creciente. Creen que a mayor volumen, más grandes son las posibilidades de que no se devuelva. Y eso dispara su coste para el vendedor, el Estado, en forma de tipos de interés más altos y de menor precio.

La crisis ha obligado a los estados a endeudarse a gran escala para mantener la actividad económica, salvar el sector financiero u otros

como el automóvil, financiar el desempleo o convertir a la administraciones en la primera agencia de colocación.

Y los políticos reaccionan con vehemencia, Zapatero es un ejemplo de acto reflejo, cuando los mercados les envían mensajes advirtiéndoles que la deuda no es sostenible. La realidad es que la parte del león de los recursos que emplean los mercados en sus operaciones de más riesgo la reciben de los propios bancos centrales. El dinero público a bajo interés, que intenta estimular la economía, alimenta la especulación, y sin esa deuda pública, los mercados tendrían serios problemas para ganarse la vida.

Desde el inicio de la crisis se ha pregonado la falsa idea de que los estados tenían capacidad ilimitada para actuar. Tal vez, y hasta esto no es seguro, disponían de recursos para evitar una depresión mundial, pero han agotado ya casi todas sus fuerzas. No son inmunes a los problemas de sus economías. El Tesoro de EE. UU., la mayor imprenta monetaria del planeta, reconoce que está en el límite y hasta los insaciables chinos ponen problemas para quedarse con su deuda. Esa preocupación late, tanto como los síntomas de recuperación de la economía, en la reciente decisión del presidente de la Reserva Federal, Ben Bernanke, de comenzar a endurecer la política monetaria. Pero muchos temen que sin gasto público la máquina se parará.

En España, Miguel Sebastián, titular de Industria - miembro del triunvirato gubernamental que negocia un pacto con la oposición y del que forman parte sus tres sensibilidades, la social, la ortodoxa y la keynesiana pragmática-, iba a lo práctico: hay que pactar medidas que no tengan impacto en los presupuestos; sin coste. Mientras el jefe repite lo dicho al

llegar de Washington y se lanza a dar lustre y brillantez a su discurso político, los procónsules se ponen manos a la obra.